

Mozart

DE LA FANTASÍA HISTÓRICA AL HOMBRE

ROBERTO KRETSCHMER

El subconsciente colectivo occidental tiene una curiosa debilidad porque sus héroes y semidioses sean bellos, pobres, de creatividad fácil, incomprendidos, célibes, o al menos sin hijos, y de ser posible que se mueran jóvenes y en la miseria.

Los candidatos al escaño de semidioses seculares cumplen en forma frecuente e incompleta con estos requisitos. Lo que les falta se los agregamos con el paso del tiempo.

Wolfgang Amadeus Mozart es un claro ejemplo de mitos y distorsiones generosamente agregadas a su figura histórica, con el fin aparente de satisfacer esos extraños apetitos de nuestra cultura y cuyas raíces se pierden en un pasado remoto (por ejemplo, la pobreza se antoja un requisito cristiano que ennoblecía el alma; la muerte joven se remonta a nuestro pasado griego: los dioses envidian a los mortales excepcionales, por eso se los llevan prematuramente).

El Mozart de la fantasía histórica parece un querubín de angelical creatividad. En eso se le identifica con personajes como Rafael, Shakespeare y Lorca, y resulta claramente diferente de los genios "toscos", torturados, titánicos y prometeicos como Beethoven, Miguel Ángel y Dostoievsky, donde curiosamente operan otras expectativas del subconsciente colectivo.

El Mozart histórico objetivo por otra parte -y en la medida que todavía lo podemos reconstruir- emerge como un ser humano extraordinariamente complejo, plagado de virtudes y defectos humanos.

El Mozart cotidiano era poco atractivo físicamente, metódico en su trabajo musical, mordaz, inmodesto, cándido a veces, vano, torpe en algunas relaciones humanas; de lenguaje (escrito y hablado) procaz; generoso y desprendido con

el dinero, bromista, trasnochador, fiestero y bailarín, quizás maniaco-depresivo, un tanto alcohólico, mujeriego y muy jugador.

Además poseía un sentido del humor desbordante que se expresaba en un amplio espectro que iba desde las finas sutilezas en sus óperas, hasta sus hace poco impublicables tiradas escatológicas que iba dejando por ahí generosamente y por escrito (cartas a su prima, a su esposa y a su hermana, así como obras musicales con textos obscenos como los K-59, K-231 [382c], K-233 [382d] y K-560b).

Esto hace indudablemente del Mozart histórico un personaje más conmovedoramente humano y cercano a nosotros que la caricatura sentimental que, inconsciente o deliberadamente, hemos creado.

Iconografía mozartiana

¿Qué tan bello era Mozart? Existen muchos retratos de Mozart aunque ninguno es excepcionalmente bueno. Van desde un diletante realismo (por ejemplo, los cuadros o grabados de su concuño Lange, de Leonard Posch y de Doris Stock), pasando por el cargado sentimentalismo decimonono, para terminar en un casi obsceno comercialismo actual.

Algún economista austriaco calculó que si hubiera un descendiente de Mozart que pudiera cobrar las regalías que derivaran del uso con fines comerciales sólo de su imagen y de sus nombres, recaudaría unos 35 millones de dólares anuales.

De niño Mozart fue repetidamente retratado. La iconografía infantil es de por sí un género tradicionalmente ingrato, y Mozart no fue una excepción.

Un cuadro interesante es el de Zoffany (figura 4), hecho en Londres y que muestra a Mozart de nueve años, un



Figura 4



Figura 5



Fig. 6

tanto idealizado. Por décadas este cuadro formó parte de la colección privada del marqués Savini en Roma, y luego pasó a manos de un gerontólogo (doctor Cavicchioli) donde se le conocía como *Il Musicino* o como *Il Malatino*.

El mejor retrato del adolescente Mozart se debe a Saverio de la Rosa, quien pintó al músico cuando tenía 14 años de edad, y lo representó sentado al cémbalo tocando el *Allegro veronés* (K-72a) (figura 5). Este cuadro constituye el único documento de esta breve pieza (34 compases), pero hay quien duda que se trate de una obra de Mozart, atribuyéndola más bien a Baltasar Galhipi. La pintura fue por muchos años propiedad del famoso pianista francés Alfred Cortot.

De adulto joven el mejor cuadro es sin duda el conjunto familiar pintado en Salzburgo por Nepomuc de la Croce en 1780-1781 por encargo del padre (figura 6). Al fondo se muestra en un retrato oval a la madre, muerta dos años antes en París. El padre está recargado en "sus" instrumentos (el violín y la pluma de escritor) y sentados al piano los hermanos Mozart. La hermana *Nannerl* con

el pomposo peinado de la época.

Además de una muy aceptable calidad del retrato -los parecidos familiares son bien claros- el cuadro es históricamente curioso, pues muestra a los hermanos Mozart tocando la que es posiblemente la primera sonata para piano a cuatro manos en la historia, la K-19d (no se conoce el manuscrito, pero se tiene la primera impresión de la obra en París en 1787). A juzgar por la posición de las manos, los hermanos Mozart están tocando el compás 29ff de dicha obra.

Finalmente, el Mozart adulto emerge del inconcluso y muy conocido cuadro de su concuño Lange (*figura 7*) (casado con Aloisia Weber); la punta de plata de Doris Stock hecho en Dresden (1789) (*figura 8*) -quizás el más fidedigno de todos los retratos de Mozart-; el carneo de pasta de Leonard Posch tan frecuentemente copiado, y quizás -ya que aún se discute su autenticidad- el Mozart *Rosenthal*, que afloró en una feria de anticuarios en Stuttgart en 1970 (*figura 9*).

De todos estos cuadros "auténticos", el Mozart que emerge no es precisamente un individuo bello, y eso que ninguno documenta siquiera la oreja izquierda congénitamente anormal de Mozart, o las notorias lesiones cutáneas que le dejara la viruela padecida en Olmutz (hoy Checoslovaquia) a la edad de 11 años, además de que los artistas se cuidaron bien de no retratarlo de cuerpo entero.

Una tormenta creativa

Otro mito para analizar es el de la fácil y angelical creatividad, lo que pretende hacer de Mozart un fenómeno sobrenatural. El mismo Mozart se encargó de rebatir esto al escribir a un amigo que "... la gente se equivoca si piensa que el arte creativo llega fácilmente a mí. Le aseguro que nadie dedica tanto tiempo y pensamiento a la composición como yo. No existe maestro famoso que no haya yo estudiado a fondo una y otra vez".

Su primer biógrafo *in extenso* (1798) Franz X. Nicmetczek, quien lo conociera personalmente en Praga, señala que "...nunca componía frente al piano. La composición estaba completa en su mente al momento de entregarla al papel. Esto último ocurría con una facilidad y rapidez asombrosas".

El proceso creativo en Mozart obedecía seguramente a impulsos geniales, pe-



Figura 7



Figura 8



Figura 9



Fig. 10 a



Fig. 10 b

ro perfectamente matizados, trabajados y encuadrados en la cultura musical de su tiempo para darles la versión más consumada.

Que esta tormenta creativa se expresara en una graciosa y contundente escritura de primera intención y sin correcciones, también es cierto, pero no pasa de ser una curiosidad que poco tiene que ver con el acto creativo en sí.

Compárese por ejemplo la nerviosa nitidez de una típica partitura manuscrita de Mozart (K-265, canon: "Ah! vous dirais je mammam") (*figura 10 a*) con una partitura de su casi contemporáneo Beethoven (Op.111) (*figura 10 b*).

No siempre escribió Mozart con esta contundencia, y de hecho existen hojas manuscritas sueltas con esbozos y ejercicios que incluyen fragmentos que luego serían insertados en obras bien identificadas (K-503).

Tampoco estuvieron sus manuscritos exentos de humor casual (¿o son indicaciones dinámicas?), como lo demuestra la partitura multicolor del bello concierto para corno K-495 dedicado al queso y cornista Leutgeb, amigo y blanco frecuente de sus peores diatribas.

Hay que recordar, para afirmar el sólido oficio musical de Mozart, y en contra del mito de sobrenatural y descuidada creatividad, que Mozart es el primer músico que catalogó en forma precisa su obra, al menos a partir de febrero de 1774 (con lo que luego sería el K-449) hasta un mes antes de su muerte (lo que sería el K-623, una cantata masónica). Leopoldo Mozart ya había intentado en 1768 una especie de catálogo "...de las obras que este muchacho de 12 años ha compuesto a partir de su séptimo año de vida".

Gracias a esta previsión de los Mozart, Ludwig Ritter von Köchel -un abogado, naturalista y musicólogo austriaco, nacido nueve años después de muerto Mozart- pudo construir un catálogo de la obra mozartiana, lo que le ha permitido -justificadamente- ligar para siempre su nombre con el de Mozart.

El catálogo Köchel (K, o KV) va ya en su sexta edición, reimpresión (1964), y la séptima está próxima a aparecer.

Gracias a la progresiva investigación mozartiana, el catálogo ya contiene 790 obras. Se respetan sin embargo los límites clásicos 1-726.